

EL ROSARIO SEGÚN CARLO CARRETTO

El Hermano Carlo Carreto estuvo diez años en África, en el desierto del Sahara. Allí nacieron sus “*Cartas del desierto*”. Hoy recuerdo una página de esas cartas.

1 – El rosario como oración incomprendida

Con frecuencia, en mi vida de europeo, he tenido modo de asistir o tomar parte en discusiones animadas sobre el pro y el contra del rosario. Pero, al fin, jamás me quedé plenamente satisfecho. No estaba en condiciones apropiadas para comprender a fondo esta manera de orar. «Es una oración meditada», decía alguno. ¡Bien! Entonces tienen razón los jóvenes en lamentarse de las distracciones que ocasiona a la meditación del misterio esta repetición inútil de diez Avemarías. Anunciad el misterio y dejadme pensar. «No, es una oración de alabanza», decían otros; y hay que pensar en lo que se dice, palabra por palabra. Pero ¡es imposible! ¿Quién es capaz de decir 50 Avemarías, distraído por cinco representaciones de misterios, sin perder el hilo?

Tengo que confesar que en mi vida, aun haciendo un esfuerzo alguna vez, jamás logré rezar un solo rosario sin distraerme. ¿Y entonces? Y entonces fue en el desierto donde comprendí que los que discuten -como yo discutía sobre el rosario, todavía no han comprendido el alma de esta oración.

2 – El rosario como oración simple

La oración es como en el amor: al principio abundan las palabras, las discusiones son de los primeros tiempos. Después se hace silencio y nos entendemos con monosílabos. En las dificultades es suficiente un gesto, una mirada, una nonada: basta amarse. Viene después el tiempo en que la palabra está de más y la meditación es pesada, casi imposible. Es el tiempo de la oración de simplicidad, tiempo en que el alma conversa con Dios con una simple mirada amorosa, aunque frecuentemente acompañada de aridez y sufrimiento. En ese período florece la llamada oración litánica; es decir, la repetición hasta lo infinito de expresiones idénticas, pobres de palabra, pero ricas, riquísimas de contenido. Dios te salve, María... Dios te salve, María... Jesús, te amo... Y es extraño cómo en esta oración litánica, monótona, sencilla, el alma se encuentra a su gusto, casi como si fuera acunada en los brazos de su Dios. Es el tiempo del rosario vivido y amado como una de las oraciones más elevadas e inspiradas.

3 – El rosario como oración contemplativa

El rosario pertenece a este tipo de oración que precede o acompaña a la oración contemplativa, del Espíritu. Meditéis o no meditéis, os distraigáis o no os distraigáis, si amáis el rosario y no podéis pasar un día sin rezarlo, significa que sois hombres de oración. El rosario es como el eco de una ola que choca contra la orilla, la orilla de Dios: «Dios te salve, María... Dios te salve, María... Dios te salve, María».

Es como la mano de la Madre sobre vuestra cuna de niño; es como la señal de un abandono de todo difícil razonamiento humano sobre la oración, para la aceptación definitiva de nuestra pequeñez y de nuestra pobreza.

4 – El rosario como punto de llegada

El rosario es un punto de llegada, no un punto de partida. Para Bernardita el punto de llegada sobrevino muy pronto, porque estaba predestinada a ver en esta tierra a Nuestra Señora; pero normalmente es una oración de la madurez espiritual... El rosario es una oración incomprendible para el hombre de «buen juicio», como es cosa incomprendible repetir a un Dios a quien no se ve, mil veces al día, “Te amo”; pero es una oración muy comprensible para los limpios de corazón, para quien está establecido “en el reino”, para quien vive las Bienaventuranzas”.